

LIBRO NOVENO.



Las potencias neutrales.

Prosiguen las negociaciones con las diferentes córtes de Europa. — Tratado con la córte de Nápoles. — Exclusion de los ingleses de los puertos de las dos Sicilias y obligacion contraida por el gobierno napolitano de admitir en Otranto una division francesa. — Promete España exigir á viva fuerza, que no se admita á los ingleses en las costas de Portugal. — Vastos proyectos marítimos del primer cónsul, con el objeto de hacer obrar de concierto las fuerzas navales de España, Holanda y Francia. — Medios proyectados para socorrer al Egipto. — El almirante Ganteaume, á la cabeza de una division, sale de Brest obligado por una tempestad, y se dirige al estrecho de Gibraltar para trasladarse á las bocas del Nilo. — Liga general de todas las naciones marítimas contra Inglaterra. — Preparativos de las potencias neutrales en el Báltico. — Belicosa resoluoi en de Pablo I. — Apurada situacion de Inglaterra por falta de recursos. — Estado de su hacienda y de su comercio antes y despues de la guerra. — Acrecentamiento simultáneo de sus atenciones y de sus recursos. — Indignacion contra Mr. Pitt. — Des-avenido con Jorge III, se retira. — Ministerio de Addington. — Hace frente á la tormenta Inglaterra, apesar de sus adversidades, y envia al Báltico á los almirantes Nelson y Parker para que rompan la liga de los neutrales. — Plan de Nelson y de Parker. — Resuélvense á forzar el paso del Sund. — A causa de lo mal defendida que estaba la costa de Suecia, atraviesa el Sund casi sin dificultad la escuadra inglesa. — Presentase á la vista de Copenhague. — Nelson opina, antes de engolfarse en el Báltico, por dar batalla á los dinamarqueses. — Posicion de Copenhague y arbitrios para defender aquella importante plaza marítima. — Hace Nelson una maniobra audaz, y ancla en el Paso real frente á las embarcaciones dinamarquesas. — Batalla sangrienta. — Denuedo de los dinamarqueses y peligro de Nelson. — Despacha un parlamentario al principe regente de Dina-

marca, y consigue por este medio las ventajas de una victoria. — Suspension de armas durante catorce semanas. — Sábese mientras tanto la muerte de Pablo I. — Acontecimientos en Rusia. — Exasperacion de la nobleza rusa contra el emperador Pablo, y disposicion á librarse de él por cualesquiera medios, aun los mas criminales. — El conde Pahlen. — Su carácter y proyectos. — Su proceder con el gran duque Alejandro. — Proyecto de asesinato disimulado con el de una abdicacion forzosa. — Horrible escena del palacio Michel en la noche del 23 de marzo. — Trágica muerte de Pablo I. — Advenimiento de Alejandro. — Disuélvese con la muerte de aquel emperador la coalicion de las potencias neutrales. — Armisticio de hecho en el Báltico. — Trata el primer cónsul de mantener á la Prusia en la liga de las potencias neutrales, ofreciéndole el Hannover. — Satisfecha Inglaterra de haber disuelto la liga con la batalla de Copenhague, y verse ya libre de Pablo I, trata de aprovecharse de la ocasion para entablar negociaciones con Francia, y reparar las faltas de Mr. Pitt. — El ministerio de Addington propone la paz al primer cónsul por medio de Mr. Otto. — Acéptase la proposicion, y se emprenden tra'os en Lóndres entre Francia é Inglaterra. — La paz va á generalizarse por mar y tierra. — Progresos de la Francia desde el 18 de brumario.

Firmada en Luneville, en el mes de febrero de 1801, la paz con el emperador y con el imperio, mostrábase impaciente el primer consul por aprovechar las consecuencias de este acontecimiento, las cuales habian de ser: concluir la paz con aquellos estados del continente que no se habian hecho aun amigos de la República, obligarlos á cerrar sus puertos á la Inglaterra, conjurar contra ella todas las fuerzas de las potencias neutrales; unirse con las mismas para preparar alguna vasta empresa contra el territorio y comercio británicos, y conquistar con brio por todos estos medios la paz marítima, complemento indispensable de la paz continental. Todo anunciaba que no tardarian mucho en sobrevenir tan grandes y prósperas consecuencias.

La Dieta germánica habia ratificado la firma

puesta por el emperador en el tratado de Luneville. Tampoco era de temer que obrara de otro modo, porque el Austria disponia de los estados eclesiásticos, que realmente eran los únicos que se oponian al tratado, y en cuanto á los príncipes seculares, como debian ser indemnizados de sus pérdidas con el recurso de las secularizaciones, estaban interesados en que se aceptasen cuanto antes las estipulaciones acordadas entre el Austria y Francia. Además se hallaban sujetos á la influencia de Prusia; y esta potencia por sugerencias de Francia, aprobaba todo lo que acababa de hacerse en Luneville. Por otra parte, todo el mundo anhelaba entonces la paz, y todos estaban dispuestos á contribuir á ella, aunque fuese á costa de sacrificios. Únicamente la Prusia al ratificar la firma dada por el emperador, sin poderes de la Dieta, lo habia hecho de un modo que mas visos tenia de tolerancia que de aprobacion, dejando á salvo para lo sucesivo los derechos del imperio. Pero la proposicion de la misma Prusia, que aun cuando ratificaba el tratado contenia una censura indirecta contra el emperador, no tuvo mayoría, y por lo tanto se calificó lisa y llanamente el tratado por medio de un *conclusum* de 9 de marzo de 1801 (18 de ventoso del año IX). El cange de las ratificaciones se verificó en Paris el 16 de marzo (23 de ventoso). No quedaba ya por arreglar mas que el sistema de las indemnizaciones, pero esto debia ser objeto de ulteriores convenios.

Estaba, pues, hecha la paz con la mayor parte de Europa; porque aun cuando no se habia firmado por la Rusia, mediaba con ella y con las

cortes del Norte, como despues veremos, el compromiso de una coalicion marítima. En Paris habia á la vez dos ministros rusos, Mr. de Sprengporten encargado de la cuestion relativa á los prisioneros, y Mr. de Kalitscheff del arreglo de las cuestiones generales. Este último acababa de llegar en los primeros dias de marzo (mediados de ventoso).

Quedaban únicamente por reducir las cortes de Nápoles y Portugal, para que todo el continente quedase cerrado á la Inglaterra. Habiasse adelantado Murat hácia la Italia meridional con las mejores tropas, que eran las que se habian formado en el campamento de Amiens; y reforzado luego con varios destacamentos del ejército del general Brune, se encaminó á Foliño con el intento de obligar á la corte de Nápoles á condescender con los deseos de Francia. A no haber sido por el empeño que en favor de dicha corte mostraba el emperador de Rusia, quizá hubiera el primer consul traspasado desde luego á la casa de Parma el reino de las dos Sicilias, para privar de tan hermoso pais á una familia enemiga; pero las intenciones que mostraba el emperador Pablo, no le permitian llevar á efecto semejante resolucion. Trataba además de contemporizar con la opinion de Europa, y para esto necesitaba evitar en cuanto le fuese posible la mudanza de las dinastias antiguas. No tenia pues, inconveniente en conceder la paz á la corte de Nápoles siempre que esta se declarase abiertamente contraria á Inglaterra; pero esta determinacion era entre todas la mas difícil de conseguir. Llegó Murat á las fronteras del reino procurando no

chocar con Roma, antes bien, prodigando al papa las mayores demostraciones de respeto. La corte de Nápoles no opuso resistencia, y firmó un armisticio en el que se estipulaba segun queria el primer consul, la exclusion de los ingleses de los puertos de las dos Sicilias. Sin embargo, el armisticio era muy breve, pues solo habia de durar quince dias, pasados los cuales, era preciso firmar una paz definitiva. El marqués de Gallo, uno de los que habian entendido en las negociaciones de Campo-Formio, y que se jactaba de conocer al primer consul, y de tener sobre el tanto ascendiente como Mr. de Cobentzel, se encaminó á Paris con la esperanza de que valiéndose de sus relaciones personales, de la proteccion de la legacion de Rusia y de las recomendaciones del Austria, podria obtener las condiciones deseadas por la corte de Nápoles, que consistian en la simple neutralidad. Tal pretension era ridicula, porque una corte que habia dado la señal de la segunda coalicion, que nos habia hecho una guerra encarnizada, y que tan mal habia tratado á los franceses no debia cuando estaba á nuestra disposicion prescindir de su compromiso para separarse simple y llanamente de la Inglaterra, y lo menos á que se la obligaba era á que de grado ó por fuerza hiciera contra la Inglaterra lo mismo que habia hecho contra Francia.

Como Mr. de Gallo afectase en Paris cierta importancia y pareciese que se apoyaba mas que lo que era conveniente en la legacion de Rusia, se puso pronto término á su negociacion, declarándole Mr. de Talleyrand que habia ya salido un plenipotenciario francés para Florencia y que

por consiguiente la negociacion se trasladaba á esta ciudad; y que por otra parte no podia conferenciar con un negociador que carecia de poderes para acceder á la única condicion que consideraba como esencial, es decir, á la espulsion de los ingleses de los puertos de las dos Sicilias, condicion que el emperador Pablo deseaba tanto como el mismo primer consul. Hubo pues, de salir inmediatamente de Paris Mr. de Gallo. En efecto, acababa de enviarse á Florencia á Mr. Alquier, que se habia retirado de Madrid, cuando pasó Luciano Bonaparte á España, y á quien se dieron instrucciones y poderes para entrar en negociaciones.

Este plenipotenciario se dirigió á Florencia apresuradamente, y se encontró allí con el caballero Micheroux, el mismo que habia firmado un armisticio con Murat, y que acababa de recibir plenos poderes de su corte. La negociacion seguida en aquel punto, delante de las bayonetas del ejército francés, no debia ofrecer tantas dificultades como en Paris, y así fué que quedó firmado el tratado de paz en 18 de marzo de 1801, (27 de ventoso año IX) comparado este con la situacion de la corte de Nápoles respecto á la República francesa, puede decirse era muy moderado, puesto que se dejaba á aquella rama de la casa de Borbon la integridad de sus estados y solo se le exigia la parte insignificante de territorio que poseia en la isla de Elba, reducida á Porto-Longone y su distrito. La isla de Elba pertenecia entonces parte á la Toscana y parte á las dos Sicilias, siendo la intencion del primer consul darla toda entera á la Francia; proyecto que un historiador de tratados censuró ágríamente, calificán-

dole de violencia, y que sin embargo era el derecho mas natural de la victoria. A escepcion de este corto sacrificio, nada mas perdía la corte de Nápoles, obligándose á cerrar sus puertos á los ingleses y á ceder á Francia tres fragatas armadas y puestas en Ancona, que el primer consul destinaba á Egipto. La estipulacion mas importante del tratado era secreta, y por ella se obligaba el gobierno napolitano á recibir una division de doce á quince mil franceses en el golfo de Tarento y á mantenerlos á su costa mientras durase la ocupacion, en lo cual no llevó mas objeto el primer consul que facilitar el dar socorro á Egipto, porque situadas allí sus tropas no les quedaba andar mas que la mitad del camino para dirigirse á Alejandria. En el último artículo se estipulaba la restitucion de los objetos artísticos elegidos en Roma para la Francia, los cuales estaban encajonados cuando el ejército napolitano penetró en los Estados pontificios en 1799, y de los cuales se habia apoderado arbitrariamente la corte de Nápoles. Concediase tambien una indemnizacion de quinientos mil francos á los franceses que habian sido robados ó vejados por las gabilas indisciplinadas de los napolitanos.

Tal fué el tratado de Florencia, que puede considerarse como un acto de clemencia, si se recuerda la conducta anterior de la corte de Nápoles, y que sin embargo se acomodaba perfectamente á las miras del primer consul, cuya única idea era cerrar á la Inglaterra los puertos del continente, y tener posiciones ventajosas que le sirviesen de comunicacion con el Egipto.

Ningun convenio habia hecho aun con el pa-

pa, cuyo plenipotenciario ventilaba en Paris la cuestión mas importante de todas, la religiosa. Hallábase poco satisfecho el primer consul del rey del Piamonte que habia entregado á los ingleses la Cerdeña, y del pueblo piamontés, que habia mostrado disposiciones poco amistosas á los franceses. Quiso, pues, mantenerse exento de todo compromiso respecto á esta parte tan importante de Italia.

Restaban únicamente España y Portugal; pero ninguna de ambas cortes inspiraba el menor recelo. La de España gozosisima de las estipulaciones de Luneville, que aseguraban la Toscana, y el título de rey al jóven infante de Parma, cada dia se mostraba mas favorable al primer consul y á sus proyectos. Un acontecimiento ya previsto, la caída del ministro Urquijo lejos de perjudicar á nuestras relaciones no hizo otra cosa mas que estrecharlas. En un principio no se creia así, porque Urquijo era una especie de revolucionario en España, y la Francia debia esperar de él mas que de otro alguno, si bien los resultados probaron que este era un error. Urquijo habia gobernado poco tiempo. Queriendo corregir ciertos abusos, habia conseguido que Carlos IV dirigiese al papa una carta escrita de su puño y letra y la cual contenia varias proposiciones para el arreglo del clero español; pero sobresaltado el pontifice al ver que tambien en España se introducía el espíritu reformador, acudió al anciano duque de Parma, hermano de la reina, quejándose de Urquijo y presentándolo como mal católico. No era menester mas para que cayera el ministro de la gracia de su soberano. El prínci-

pe de la Paz , enemigo declarado de Urquijo, aprovechó la coyuntura, y le asestó el último tiro durante un viage de la corte. Estos esfuerzos reunidos bastaron á destituir á Urquijo con un rigor de que apenas se hallaba ejemplo , pues le sacaron de su casa y le llevaron fuera de Madrid como hubiera podido hacerse con un reo de estado. Diósele por sucesor al señor de Ceballos, pariente y hechura del príncipe de la Paz , siendo ya este realmente entonces el verdadero ministro de la corte española ; pero como él mismo se habia manifestado opuesto á la alianza íntima con Francia, sin duda por tener así un pretexto para censurar al gabinete español, se temia que la mudanza ministerial trastornase los proyectos del primer consul. Sin embargo , Luciano Bonaparte que acababa de llegar á Madrid, comprendió bien la situacion de las cosas, porque prescindiendo del señor Ceballos , ministro solo en el nombre, entabló directamente relaciones con el príncipe de la Paz, á quien dió á entender que en París se letenia por el verdadero ministro de Carlos IV; que por lo mismo á él se le imputarian todas las dificultades que hallase en España la política francesa, y que segun la conducta que él guardase sobre este particular serian amigos ó enemigos. El príncipe de la Paz que estaba muy mal quisto, sobre todo con el heredero presuntode la corona, irritado profundamente por el estado de opresion en que le tenian; y que se veia perdido si el rey ó la reina llegaban á morir, consideró, como muy preciosa la amistad de los Bonapartes, y se apresuró á preferir su alianza á su hostilidad. Desde aquel momento se trataron directa-

mente todos los negocios entre el príncipe de la Paz y Luciano. Urquijo que no se sentia con fuerzas para resolver la cuestion de Portugal, habia evitado siempre dar esplicaciones positivas sobre este asunto; y aunque hizo á Francia mil promesas, ninguna habia tenido resultado. Confesó el príncipe de la Paz en sus conferencias con Luciano que hasta entonces nada se habia querido hacer, que Urquijo habia entretenido á la Francia con buenas palabras, y declaró al propio tiempo que por su parte estaba pronto á entrar en pactos con el primer consul para obrar eficazmente contra Portugal, siempre que lograsen ponerse de acuerdo sobre ciertos puntos. Pedia en primer lugar, por via de auxilio, una division francesa de veinte y cinco mil hombres, porque España no se hallaba en estado de poner en pie mas de veinte mil, decaida se hallaba entonces esta poderosa monarquía ; pero como la presencia de una fuerza francesa podia alarmar al rey y á la reina, era preciso tranquilizarlos dando el mande de aquellas tropas á un general español que habia de ser el príncipe de la Paz. Finalmente, las provincias de Portugal que iban á conquistarse, debian quedar como depositadas en poder del rey de España hasta la paz general, y mientras tanto los puertos de Portugal quedarian cerrados para Inglaterra.

Admitió desde luego el primer consul estas proposiciones y se enviaron á Carlos IV para que á sí mismo las aceptase. Dominado este monarca por la reina quien lo estaba á su vez por el príncipe de la Paz, se avino á declarar la guerra á su yerno, con la condicion de que no se le pri-

varia de parte alguna de su territorio, y de que solo se le obligaría á romper abiertamente con los ingleses y entrar en la alianza de España y Francia. No estaban muy de acuerdo estos deseos con los del príncipe de la Paz, que aspiraba, según se decía en Madrid, á proporcionarse un principado en Portugal. Sea de esto lo que quiera, se vió obligado á someterse, y recibió el grado de generalísimo: Requirióse á la corte de Lisboa para que se esplicase antes de quince días y eligiese entre Inglaterra ó España, esta última auxiliada por la Francia; y entretanto se dió principio por ambos lados del Pirineo á los preparativos de la guerra. Nombrado ya el príncipe de la Paz generalísimo de las tropas españolas y francesas, echó mano hasta de los mismos guardias del rey para poder formar un ejército; entretuvo á la corte con revistas y funciones de armas, y se entregó á las ilusiones de la gloria militar. El primer consul no se descuidó por su parte en encaminar á España algunas de las tropas que volvian á Francia, con las cuales formó una division de veinte y cinco mil hombres perfectamente armados y equipados. Encomendó la vanguardia al general Leclerc y al general Gouvion-Saint-Cyr, á quien consideraba con razon como uno de los mas hábiles generales de aquel tiempo, le confió el mando superior de todo el ejército, para que supliese á la absoluta incapacidad del príncipe generalísimo.

Se habia convenido en que estas tropas se pondrian en movimiento por el mes de marzo, con el fin de que entrasen en España para el de abril.

Toda la Europa, pues, concurría á nuestros designios; y á instigaciones del primer consul los estados de Mediodia cerraban sus puertos á Inglaterra, y los del Norte se ligaban activamente contra ella. En semejante situacion era indispensable que esta potencia tuviese fuerzas en todas partes: en el Mediterráneo para bloquear á Egipto; en el estrecho de Gibraltar para oponerse al tránsito de las escuadras francesas del uno al otro mar; en las costas de Portugal para socorrer á aquel aliado que se hallaba amenazado; delante de Rochefort y Brest, para tener bloqueada la grande escuadra franco-española, próxima á darse á la vela; en el Norte para reprimir al Báltico y evitar la insurreccion de las potencias neutrales; y en India en fin, necesitaba fuerzas tambien para conservar su dominacion y sus conquistas.

El primer consul queria aprovecharse critico momento en que las fuerzas Británicas, precisadas á estar á la vez en todas partes, hubiesen de diseminarse, para intentar una empresa ruidosa. La principal, y que mas fija tenia en su mente tenia por objeto socorrer al Egipto. Habia contraído grandes deberes con el ejército llevado por él al otro lado de los mares, y abandonado en seguida por acudir al socorro de la Francia. Además contemplaba como la mas hermosa de sus empresas la fundacion de aquella colonia, en las mismas márgenes del Nilo; y estaba interesado en demostrar al mundo, que al llevar treinta y seis mil hombres al Oriente no habia cedido á las inspiraciones de una imaginacion fogosa y juvenil, sino acometido una empresa formal, y capaz de

llevarse á feliz término. Ya hemos visto los esfuerzos que hizo para lograr un armisticio naval que permitiese entrar seis fragatas en el puerto de Alejandria; pero tambien recordaremos que no habia podido ver realizado este proyecto por falta de recursos pecuniarios con que atendió á los armamentos de mar y tierra, y tampoco le habia sido dable aun intentar la grande operacion que meditaba para llevar socorros á Egipto. Libre á la sazón de la guerra continental, pudiendo dedicar esclusivamente sus arbitrios á la guerra marítima, y con la mayor parte de las costas de Europa á su disposición, ideaba, á fin de conservar á Egipto proyectos tan vastos y atrevidos como los que puso por obra para conquistarle. Favoreciale al propio tiempo la estacion del invierno, que obligaba á retirarse á los cruceros ingleses.

Entre tanto salian de todos los puertos de Holanda, Francia, España, Italia, y aun de las costas berberiscas embarcaciones de toda especie, así de comercio como de guerra, desde simples avisos hasta fragatas, y llevaban á Egipto noticias de Francia, provisiones, géneros europeos, vinos y municiones de guerra. Algunas de aquellas embarcaciones eran apresadas, pero la mayor parte entraban en Alejandria, y no transcurria una sola semana sin que se tuviese en el Cairo noticias del gobierno y pruebas del interes que inspiraba la colonia.

Ademas habia formado el primer consul una marina con aplicacion á las aguas de Egipto. Aprobó el modelo de un navio de setenta y cuatro que á una gran fuerza pudiese reunir la ventaja

de pasar los estrechos de Alejandria sin necesidad de descargarle de la artilleria (1); y se dieron las ordenes competentes para construir algunos mas con arreglo al mismo modelo.

Mientras mostraba toda esta solicitud para que no desalentase el ejército de Egipto, mandándole á menudo noticias y ausilios parciales; preparaba una grande expedicion que queria llevarse de una vez á aquellas regiones socorros considerables, así de material como de tropas. Regresaban ya los ejércitos al territorio francés é iban á abrumar nuestra hacienda, pero en cambio ofrecian al gobierno grandes medios para inquietar, y quiza dar un golpe á la Inglaterra. En la Cisalpina habian quedado treinta mil hombres, en el Piamonte diez mil, y seismil en Suiza; quince mil se dirigian hácia el golfo de Tarento; veinte y cinco mil habian tomado la via de Portugal, y otros tantos permanecian quietos en Holanda, siendo pues ciento oncemil hombres los que debian vivir á espensas del extranjero; pero los demas tenian que mantenerse del tesoro francés si bien estaban enteramente á las ordenes del primer consul. En Holanda se formaba un campamento, otro en la Flandes francesa; y otro finalmente en Brest. El cuarto se habia reunido en la Gironda, bien con destino á Portugal, bien para tener tropas de embarque en Rochefort. Los cuerpos que regresaban de Italia se reunian cerca de Marsella y Tolon; y la division de quince mil hombres destinada á pasar el golfo de Tarento debia ocupar á Otranto, en virtud de un ar-

(1) Carta de 1.º de nivoso año IX (archivo de la secretaria de Estado).

ticulo secreto del tratado de Nápoles; cubrir las radas de aquel punto con numerosas baterías, y preparar un fondeadero donde pudiesen entrar diez ó doce mil hombres á bordo de una escuadra, para dirigirse á Egipto. Con el fin de dar las ordenes necesarias para el embarque salió el almirante Villeneuve hácia aquellos puntos.

Las fuerzas navales de Holanda, Francia y España, algunos restos de la marina italiana, debían concurrir también á donde se hallaban reunidas dichas tropas, para hacer temer á Inglaterra, que se preparaban expediciones contra todos los puntos á la vez contra Irlanda, Portugal, Egipto y las Indias.

El primer consul estaba ya de acuerdo con España y Holanda, respecto al destino que había de darse á las tres mariuas. Reuniendo los restos de la antigua potencia holandesa, podían armarse aun cinco buques de alto bordo y algunas fragatas. En Brest existían treinta navios, quince de ellos franceses, y los otros quince españoles, que se conservaban hácia dos años en aquel puerto; y el primer consul acordó con España las disposiciones siguientes. Cinco navios españoles con igual número de franceses y otros tantos de los españoles de Brest, debían pasar al Brasil, para proteger aquel hermoso reino, é impedir que la Inglaterra se indemuizase con las colonias portuguesas de la empresa intentada entonces contra Portugal. Con arreglo al mismo convenio permanecerían en Brest veinte navios españoles y franceses, dispuestos en cualquiera ocasion para llevar un ejército á Irlanda. Al propio tiempo organizaba el almirante Ganteaume en el mismo

puerto de Brest una division francesa, para dirigirse segun se decia á Santo Domingo y restablecer allí la dominacion francesa y española. En Rochefort, se equipaba otra division francesa, y una española de cinco navios en el Ferrol, con el objeto de transportar gente á las Antillas y recobrar la isla de Trinidad, por ejemplo, ó la Martinica. La España por su parte, en consecuencia del tratado que le aseguraba la Toscana á trueque de la Luisiana, había prometido dar á Francia seis navios completamente armados, entregarlos en Cadiz, y aprovechar los recursos de aquel antiguo arsenal, para reorganizar parte de las fuerzas que tenía en él en otro tiempo.

Al hacer el primer consul todos estos arreglos, no comunicaba al gabinete español sus verdaderos designios porque no tenía la mayor confianza en su reserva. Quería, sí, enviar parte de las fuerzas combinadas al Brasil y á las Antillas con el fin que había declarado, y llamar la atencion de las escuadras inglesas hácia aquellos puntos; mas por lo tocante á Brest, solo pensaba en una expedicion, la de Ganteaume, anunciada para Santo Domingo, y destinada en realidad á Egipto. Mandó, elegir los siete navios mas valerosos de la escuadra, así como dos fragatas y un brick, los cuales debían llevar á bordo cinco mil hombres de desembarco, municiones de toda especie, maderas, hierros, drogas y los géneros europeos que mas se apetecían en Egipto. Ordenó asimismo que se procediese de nuevo al cargamento, el cual estaba ya casi concluido, para hacerle con arreglo á ulteriores disposiciones; porque efectivamente deseaba que cada navio llevase un surtido

completo de todos los objetos destinados á la colonia y no el total de una misma cosa; para que si alguno de ellos caia en poder de los enemigos, no careciese absolutamente la expedicion de los objetos contenidos en la embarcacion apresada. Esta disposicion era contraria á los hábitos de la marina, y hacia mas difícil la colocacion del cargamento de los buques, pero la imperiosa voluntad del primer consul venció todos los obstáculos; y su ayudante de campo Lauriston, que estaba en Brest, añadía á las cartas de que era portador, el influjo de su presencia y de sus excitaciones.

La expedicion de Rochefort, anunciada para las Antillas, estaba tambien destinada para Egipto y se trabajaba en equiparla á la mayor brevedad posible. Activaba su partida el ayudante de campo Savary, haciendo que se trasladasen á aquel punto las tropas sacadas del grueso del ejército de Portugal; y como la division de veinte y cinco mil hombres que iban á pasar en breve los Pirineos, se hallaba reunida en la Gironda, ofrecia un medio sencillo de disimular el objeto de la expedicion de Rochefort. En efecto, sin que nadie reparase en ello, se sacaron algunos batallones para embarcarlos en la escuadra. El mando de esta debia darse al marino quizá mas distinguido de aquel tiempo en Francia, al almirante Bruix; que á su grandeza de ánimo, circunstancia algo rara no solo en los paisanos, sino hasta en los mismos militares, reunia los mas profundos conocimientos marítimos, y habia adquirido gran celebridad en 1799 con el famoso crucero del Mediterráneo, tantas veces mencionado. Cuando

en último apuro declarase su secreto el general Bonaparte al gabinete de Madrid, debía el almirante Brune incorporarse al paso á la division española del Ferrol, tocar en Cadiz para hacer lo propio con la otra division que daba España, trasladarse despues á Otranto, embarcar las tropas reunidas en este punto, y últimamente hacerse á la vela para Egipto.

La division de Cadiz dada por la España constaba de seis buenos navios, que se estaban armando á toda prisa, y para activar mas sus aprestos se encaminó á Cadiz en posta el almirante Dumanoir. Varias partidas de marineros se dirigian tambien por tierra hácia el mismo puerto, y ademas se enviaron algunos barcos con marineros, que despues de desarmados habian de formar las tripulaciones de los buques de guerra.

Tan numerosas expediciones necesariamente habian de llamar la atencion de los ingleses sobre todos los puntos á un tiempo, de distraerla y confundirla, y si se aprovechaba oportunamente esta misma turbacion, habia una probabilidad, casi segura de que una de ellas llegase á Egipto. Deseando el primer consul, sacar todo el partido posible de la mala estacion, que dificultaba é interrumpia el paso de los cruceros enemigos delante de Brest, resolvió que saliese á la mar la escuadra del almirante Ganteaume antes de la primavera, y aun espidió órdenes terminantes al efecto; mas no le era posible comunicar á sus generales de mar la audacia de los que mandaban sus ejércitos de tierra. Suponia al almirante Ganteaume, hombre no menos re-